

Capítulo XVIII

Donde se cuentan las razones que pasó Sancho Panza con su señor don Quijote, con otras aventuras dignas de ser contadas.

Llegó Sancho a su amo marchito y desmayado, tanto, que no podía arrear a su jumento. Cuando así le vio Don Quijote, le dijo: — Ahora acabo de creer, Sancho bueno, que aquel castillo o uorta que es encantado sin duda, porque aquellos que tan atrocemente tomaron posatiempo contigo ¿que^o podían ser sino fantasmas y gente del otro mundo? Y confirmo^o esto por haber visto que cuando estaba por las bordas del canal, mirando los actos de tu triste tragedia, no me fue posible subir por ellos, ni menos pude apearme de Rocimonte, porque me debían de tener encantado; que te juro por la fe de quien soy que si pudiera subir o apearme, que yo te hiciera vengado, de manera que aquellos fellovos y malandres se acordaron de la burla para siempre, aunque en ello supiera contravenir a las leyes de la caballería, que, como ya muchas veces te he dicho, no consienten que un caballero ponga mano contra quien no lo sea, si no fuere en defensa de su propia vida y persona, en caso de urgente y gran

2

CAPÍTULO DÉCIMO OCTAVO

necesidad.

- También me vengera yo si pudiera, fuera o no fuera armado caballero, pero no pude; aunque tengo para mí que aquellos que se holgaron conmigo no eran fantasmas ni hombres encantados, como vuestra merced dice, sino hombres de carne y de hueso como nosotros; y todos, según los oí nombrar cuando me volteaban, tenían sus nombres: que el uno se llamaba Pedro Martínez, y el otro Tenorio Hernández, y el ventero oí que se llamaba Juan Palomeque el Zurdo. Así que, señor, el no poder saltar las bardas del corral ni apearse del caballo, en él estuvo que en encantamientos. Y lo que yo saco en limpio de todo esto es que estas aventuras que andamos buscando al cabo al cabo nos han de traer a tantas desventuras, que no sepamos cuál es nuestro pie derecho. Y lo que sería mejor y más acertado, según mi poco entendimiento, fuera el volvernos a nuestro lugar, ahora que es tiempo de la siega y de entender en la hacienda, dejándonos de andar de ceca en meca y de zoca en colodra, como dicen.

- ¡Qué poco sabes, Sancho - respondió don Quijote -, de achaque de caballería! Calla y ten paciencia, que día vendrá donde veas por vista de ojos cuán honrosa cosa es andar en este ejercicio. Si no, dime: ¿qué mayor contento puede haber en el mundo o qué

CAPÍTULO DÉCIMO OCTAVO

gusto puede igualarse al de vencer una batalla y al de triunfar de su enemigo? Ninguno, sin duda alguna.

- Así debe ser - respondió Sancho -, puesto que yo no lo sé; sólo sé que, después que somos caballeros andantes, o vuestra merced lo es (que yo no hay para qué me cuente en tan honroso número), jamás hemos vencido batalla alguna, si no fue la del vizcaíno, y aun de aquella salió vuestra merced con media oreja y media celada menos; que después acá todo ha sido palos y más palos, puñadas y más puñadas, llevando yo de ventaja el manteamiento, y habernos sucedido por personas encantadas, de quien no puedo vengarme para saber hasta dónde llega el gusto del venamiento del enemigo, como vuestra merced dice.

- Ésa es la pena que yo tengo y la que tú debes tener, Sancho - respondió don Quijote -, pero de aquí en adelante yo procuraré haber a las manos alguna espada hecha por tal maestría, que al que la trujere consigo no le puedan hacer ningún género de encantamientos; y aun podría ser que me deparase la ventura aquella de Amadís, cuando se llamaba el Caballero de la Ardiente Espada, que fue una

(4)

CAPÍTULO DÉCIMO OCTAVO

de las mejores espadas que tuvo caballero en el mundo, porque, fuera que tenía la virtud dicha, cortaba como una navaja y no había armadura, por fuerte y encantada que fuese, que se le parase delante.

-Yo soy tan venturoso - dijo Sancho -, que, cuando eso fuese y vuestra merced viniese a hallar espada semejante, sólo vendría a servir y aprovechar a los armados caballeros, como el bálsamo; y a los escuderos, que se los papen duelos.

-No temas eso, Sancho - dijo don Quijote -, que mejor lo hará el cielo contigo.

En estos coloquios iban don Quijote y su escudero, cuando vio don Quijote que por el camino que iban venía hacia ellos una grande y espesa polvareda; y, en viéndola, se volvió a Sancho y le dijo:

-Éste es el día, ¡oh Sancho!, en el cual se ha de ver el bien que me tiene guardado mi suerte; éste es el día, digo, en que se ha de mostrar, tanto como en otro alguno, el valor de mi brazo, y en el que tengo de hacer obras que queden escritas en el libro de la fama por todos los venideros siglos. ¿Ves aquella polvareda que allí se levanta, Sancho? Pues toda es cuajada de un copiosísimo ejército que de diversas e innumerables gentes por allí viene marchando.

CAPÍTULO DÉCIMO OCTAVO

-A esa cuenta, dos deben de ser -dijo Sancho-, porque de esta parte contraria se levantaba asimismo otra semejante polvareda. Volvió a mirarlo don Quijote y vio que así era la verdad y, alegrándose sobremanera, pensó sin duda alguna que eran dos ejércitos que venían a embestirse y a encontrarse en mitad de aquella espaciosa llanura. Porque tenía a todas horas y momentos llena la fantasía de aquellas batallas, encantamientos, sucesos, desatinos, amores, desafíos, que en los libros de caballerías se cuentan, y todo cuanto hablaba, pensaba o hacía era encaminado a cosas semejantes. Y la polvareda que había visto la levantaban dos grandes manadas de ovejas y carneros que por aquel mismo camino de dos diferentes partes venían, las cuales, con el polvo, no se echaron de ver hasta que llegaron cerca, y con tanto ahínco afirmaba don Quijote que eran ejércitos, que Sancho lo vino a oír y a decirle: -Señor, ¿ves cómo hemos de hacer nosotros? -¿cómo? -dijo don Quijote: Favorecer y ayudar a los menesterosos y desvalidos, y has de saber, Sancho, que este que viene por

6

CAPÍTULO DÉCIMO OCTAVO

nuestra frente le conduce y guía el gran emperador Aliparón, señor de la grande isla Trapobana; este otro que a mis espaldas marcha es el de su enemigo; el rey de los garumantas, Pentapolín del Arremangado Brazo, porque siempre entra en las batallas con el brazo derecho desnudo.

- Pues ¿por qué se quieren tan mal estos dos señores?
- pregunto Sancho.

- Quiérense mal - respondió don Quijote - porque este Aliparón es un furibundo pagano y está enamorado de la hija de Pentapolín, que es una muy hermosa y además agraciada señora, y es cristiana, y su padre no se la quiere entregar al rey pagano, si no deja primero la ley de su falso profeta Mahoma y se vuelve a la suya.

- ¡Para mis barbas - dijo Sancho - si no hace muy bien Pentapolín, y que le tengo que ayudar en cuanto pudiera!

- En eso harás lo que debes, Sancho - dijo don Quijote - porque para entrar en batallas semejantes no se requiere ser armado caballero.

- Bien se me alcanza eso - respondió Sancho - pero ¿dónde pondremos a este asno que estemos ciertos de hallarle después de pasada la repriega?

CAPITULO DÉCIMO OCTAVO

Porque el entrar en ella en semejante caballería no creo que está en uso hasta ahora.

- Así es verdad - dijo don Quijote - Lo que puedes hacer de él es dejarle a sus aventuras, ~~esta~~ ora de pérdida o no, porque serán tantos los caballos que tendremos después que doblarnos vencedores, que aun corre peligro Rocinante no le trueque por otro. Pero estame atento y mira, que te quiero dar cuenta de los caballeros más principales que a estos dos ejércitos vienen. Y para que mejor lo veas y notes, retirémonos a aquel collado que allí se hace, de donde se deben de descubrir los dos ejércitos.

Hiciéronlo así y ~~par~~ pusieronse sobre una loma, desde el cual se veían bien los dos maridos que a don Quijote se le hicieron ejército, si las nubes del polvo que le vertaban no les turbaban y cegaban la vista; pero con todo esto, viendo en su imaginación lo que no veía ni había, con voz levantada comenzó a decir:

- Aquel caballero que allí ves de las armas de las flores de oro, que trae en el escudo tres coronas de plata en campo azul, es el temido Mico colorado, gran duque de Quironecia, el otro de los miembros gigantes, que está a su derecha mano, es el nunca medroso Pandabarbán de Boliche, señor de los tres Arabios, que viene armado de aquel cuero de serpiente y tiene por escudo una puerta, que según es fama es una de las del templo que derribó Sansón cuando con su muerte se vengó de sus enemigos. Pero uelle los ojos a estara vencedor y jamás vencido Timonel de Caraxiana,

CAPÍTULO DÉCIMO OCTAVO

príncipe de la vencedor y jamás vencido Timonel de Carcajona, príncipe de la Nueva Vizcaya, que viene armado con las armas partidas a cuarteles, azules, verdes, blancas y amarillas, y trae en el escudo un gato de oro en campo leonado, con una letra que dice «Miau», que es el principio del nombre de su dama, que, según se dice, es la sin par Miulina, hija del duque Alfeniquén del Algarbe; el otro que carga y oprime los lomos de aquella poderosa alfana, que trae las armas como nieve blancas y el escudo blanco y sin empresa alguna, es un caballero novel, de nación francés, llamado Pierres Papin, señor de las baronías de Utrique; el otro que bate las ijadas con las herradas carcañes a aquella pintada y ligera cebra y trae las armas de los veras azules, es el poderoso duque de Nerbia, Espartafilardo del Bosque, que trae por empresa en el escudo una esparraquera, con una letra en castellano que dice así: «Rastrea mi suerte».

Y de esta manera fue nombrado a muchos caballeros del uno y del otro escuadrón que él se imaginaba, y a todos les dio sus armas, colores, empresas y mote de improviso, llevado de la imaginación de su nunca vista locura, y, sin parar, prosiguió diciendo:

CAPÍTULO DÉCIMO OCTAVO

-A este escuadrón fronterero forman y hacen gentes de diversas naciones: aquí están los que bebían las dulces aguas del famoso Ganto; los montuosos que pisan los masílicos campos, los que cruban el finísimo y menudo oro en la felice Arabia los que sangran por muchas y diversas vías al Dorado Pactolo, los numedas, dudosos en sus promesas; los persas, arcos y flechas famosos; los partos, los medos, que pelean huyendo; los árabes de mudables casas; los citas, tan crueles como blancos; los etiopes, de horadados labios, y otras infinitas naciones, cuyos rostros conozco y veo, aunque de los nombres no me acuerdo. En estotro escuadrón vienen los que beben las corrientes cristalinas del olivefero Betis, los que tersan y pulen sus rostros con el licor del siempre y rico dorado Tajo; los que gozan las provechosas aguas del divino Genil; los que pisan los tartesios campos, de pastos abundantes; los que se alegran en los elístos jerezanos prados; los manchegos, ricos y coronados de rubias espigas; los de hierro vestidos, reliquias antiguas de la sangre goda; los que en pisuerga se bañan, famoso por la man sedumbre de su corriente; los que su ganado apacientan en las extendidas dehesas del tortuoso

(10)

CAPÍTULO DÉCIMO OCTAVO

Guadiana, celebrado por su escondido curso; los que tiemblan con el frío del silvoso Pirineo y con los blancos copos del levantado Apenino; finalmente, cuantos toda la Europa en sí contiene y encierra.

¡Válame Dios, y cuántas provincias dijo, cuántas naciones nombró, dándole a cada una con maravillosa presteza los atributos que le pertenecían, todo absorto y empapado en lo que había leído en sus libros mentirosos!

Estaba Sancho Panza colgado de sus palabras, sin hablar ninguna, y de cuando en cuando volvía la cabeza a ver si veía los caballeros y gigantes que su amo nombraba; y como no descubría a ninguno, le dijo:

- Señor, encomiendo al diablo hombre, ni gigante, ni caballero de cuantos vuestra merced dice parece por todo esto. A lo menos, yo no los veo. Quizá todo debe ser encantamento, como los fantasmas de anoche.

- ¡Cómo dices eso? - respondió don Quijote -
¿No oyes el relinchar de los caballos, el tocar de los clarines, el ruido de los atambores?

- No oigo otra cosa - respondió Sancho - sino muchos

CAPÍTULO DÉCIMO OCTAVO

baídos de orejas y carneros.

Y así era la verdad, porque ya llegaban cerca los dos rebaños. —El miedo que tienes —dijo don Quijote— te hace daño, Sancho, que ni veas ni oyas a derechas, porque uno de los efectos del miedo es turbar los sentidos y hacer que las cosas no parezcan lo que son; y si es que tanto temes, retírate a una parte y déjame solo, que solo basta a dar la victoria a la parte a quien yo dene mi ayuda.

Y, diciendo esto, puso las espuelas a Procinante y, puesta la lanza en el ristre, bajó de la costezuela como un rayo.

Dielo voces Sancho, diciéndole:

—Vuélvase vuestra merced, señor don Quijote, que voto a Dios que son carneros y orejas las que va a ebbestir. Vuélvase, ¡Desdichado del padre que me engendró! ¿Qué locura es ésta? Mire que no hay gigante ni caballero alguno, ni gatos, ni armas, ni escudos partidos ni enteros ni verros azules ni endiablados. ¿Qué es lo que hace? ¡Pecador soy yo a Dios!

Ni por esas volvió don Quijote, antes en altas voces iba diciendo:

—¡Ea, caballeros, los que seguís y militáis debajo de las vanderas del valeroso emperador Pentapolín del Arremangado Brazo, seguidme todos! ¡Veréis cuán fácilmente

CAPÍTULO DÉCIMO OCTAVO

le doy venganza de su enemigo Alifanfarón de la Trapobana!

Esto diciendo, se entró por medio del escuadrón de las obejas y comenzó de alanceallas con tanto coraje y denuedo como si de veras alanceara a sus mortales enemigos. Los pastores y ganaderos que con la manada venían dábanle voces que no hiciese aquello; pero, viendo que no aprovechaban, descñéronse las hondas y comenzaron a saludarle los oídos con piedras como el puño. Don Quijote no se curaba de las piedras, antes, discurrendo a todas partes decía:

- ¿Adónde estás, soberbio Alifanfarón? Vente a mí, caballero solo soy, que deseo, de solo a solo, probar tus fuerzas y quitarte la vida, en pena de la que das al valeroso Pentapolín Garamanta. Llegó en esto una peludilla de arroyo y, dándole en un lado, le sepultó dos costillas en el cuerpo. Viéndose tan maltrecho, creyó sin duda que estaba muerto o malferido y, acordándose de su licor, sacó su alcuza y púsosele a la boca y comenzó a echar licor en el estómago; más antes de acabarse de envasar lo que a él le parecía que era bastante, llegó otra almendra y dióle en la mano y en el

CAPÍTULO DÉCIMO OCTAVO

alcanzar tan de lleno, que se la hizo pedazos, llevándose de camino tres o cuatro dientes y muelas de la boca y machucándole malamente dos dedos de la mano.

Tal fue el golpe primero y tal el segundo, que le fue forzoso al pobre caballero dar consigo del caballo abajo. Llegáronse a él los pastores y creyeron que le habían muerto y, así, con mucha prisa recogieron su ganado y cargaron de las reses muertas, que pasaban de siete, y sin averiguar otra cosa se fueron.

Estábase todo este tiempo Sancho sobre la cuesta mirando las locuras que su amo hacía, y azorábase las barbas, maldiciendo la hora y el punto en que la fortuna se le había dado a conocer. Viéndole, pues, caído en el suelo, y ya que los pastores se habían ido, bajó de la cuesta y llegóse a él, y hallóle de muy mal ante, aunque no había perdido el sentido, y díjole:

- ¡No le decía yo, señor Don Quijote, que se volviese, que lo que iba a acometer no eran ejércitos, sino manadas de carneros?

- Como eso puede desaparecer y contrahacerse aquel ladrón del sabio mi enemigo, sábete, Sancho, que es muy fácil cosa a los tales hacceros parecer lo que quieren, y este maligno que me persigue, envidioso de la gloria que vio que yo había de alcanzar de

CAPÍTULO DÉCIMO OCTAVO

esta batalla, ha vuelto los escuadrones de enemigos en manadas de ovejas. Si no, haz una cosa, Sancho, por mi vida, porque te desengañes y veas ser verdad lo que te digo: sube en tu asno y síguelos bonitamente y verás como, en alejándose de aquí algún poco, se vuelven en su ser primero y, dejando de ser carneros, son hombres hechos y derechos como yo te los pinté primero. Pero no vayas ahora, que he menester tu favor y ayuda: llégate a mí y mira cuántas muelas y dientes me faltan, que me parece que no me ha quedado ninguno en la boca.

Llegose Sancho tan cerca, que casi le metía los ojos en la boca, y fue a tiempo que ya había obrado el bálsamo en el estómago de don Quijote; y al tiempo que Sancho llegó a mirarle la boca, arrojó de sí, más recio que una escopeta, cuanto dentro tenía y dio con todo ello en las barbas del compasivo esudero.

- ¡Santa María! - dijo Sancho -, ¿y qué es esto que me ha sucedido? Sin duda este pecador está herido de muerte, pues vomita sangre por la boca.

Pero, reparando un poco más en ello, echó de ver en la color, sabor y olor que no era sangre, sino el bálsamo de la alcaza que él le había visto beber; y fue tanto el asco que tomó, que, revolviéndosele el estómago, vomitó las tripas sobre su mismo señor, y quedaron entrambos como

CAPITULO DÉCIMO OCTAVO

de perlas. Acudió Sancho a su asno para sacar de las alforjas con qué limpiarse y con qué curar a su amo, y como no las halló estuvo a punto de perder el juicio: maldijo de nuevo y propuso en su corazón de dejar a su amo y volverse a su tierra, aunque perdiese el salario de lo servido y las esperanzas del gobierno de la prometidaínsula.

Levantose en esto don Quijote y, puesta la mano izquierda en la boca porque no se le acabasen de salir los dientes, asió con la otra las riendas de Rocinante, que nunca se había movido de junto a su amo - tal era de leal y bien acondicionado -, y fuese adonde su escudero estaba, de pechos sobre su asno, con la mano en la mejilla, en quita de hombre pensativo además, y viéndole don Quijote de aquella manera, con muestras de tristora, le dijo:

- Sábelte, Sancho, que no es un hombre más que otro, si no hace más que otro. Todas estas borrascas que nos tuenden son

CAPÍTULO DÉCIMO OCTAVO

Señales de que presto ha de serenar el tiempo y han de sucedernos bien las cosas, porque no es posible que el mal ni el bien sean durables, y de aquí se sigue que, habiendo durado mucho el mal, el bien está ya cerca. Así que no debes congojarte por las desgracias que a mí me suceden, pues a ti no te cabe parte de ellas.

- ¿Cómo no? - respondió Sancho -. Por ventura el que ayer mantearon ¿era otro que el hijo de mi padre? Y las alforjas que hoy me faltan con todas mis alhajas ¿son de otro que del mismo?

- ¿Que te faltan las alforjas, Sancho? - dijo don Quijote.

- ¿Se que me faltan - respondió Sancho.

- De ese modo, no tenemos qué comer hoy - replicó don Quijote.

- Eso fuera - respondió Sancho - Cuando faltaran por estos prados las yerbas que vuestra merced dice que conoce, con que suelen suplir semejantes faltas los tan malaventurados andantes caballeros como vuestra merced es.